

COMENTARIOS

A LA

ORDENACION

GENERAL DE LA

LITURGIA DE LAS HORAS

LA IGLESIA CONTINUA LA ORACION DE CRISTO

a) VINCULACION DE LA ORACION DE TODOS LOS HOMBRES CON LA ORACION DE CRISTO

6. *Porque el hombre, en todo su ser, depende radicalmente de Dios, por ello debe reconocer y confesar la soberanía de su Creador; ésto, en efecto, es lo que hicieron los hombres piadosos de todos los tiempos.*

Ahora bien, toda oración dirigida a Dios debe estar conectada con Cristo, pues él es el Señor y el único Mediador de todos los hombres (1Tm 2,5; Hb 8,6; 9,15; 12,24) y sólo por él tenemos acceso a Dios (Rm 5,2; Ef 2,18; 3,12). El, en efecto, de tal forma ha incorporado a su persona a toda la comunidad humana (Cf Sac. Conc., n. 83) que entre la oración de Cristo y la oración de todo el género humano llega a haber una íntima vinculación. Y por ello en Cristo y sólo en él la religión humana alcanza su valor salvífico y su fin.

b) ESPECIAL VINCULACION DE LA ORACION DE LOS CRISTIANOS CON LA ORACION DE CRISTO

7. *Pero existe además otra vinculación especial y estrechísima entre Cristo y aquellos hombres que él ha unido a su persona como miembros de su cuerpo, la Iglesia, en el sacramento de la regeneración. Es en virtud de esta especial vinculación que desde Cristo cabeza se transmiten al cuerpo entero de la Iglesia todas las riquezas del Hijo, a saber, la comunicación del Espíritu, la verdad, la vida, la participación de su filiación divina; riquezas to-*

das que se manifestaban en su oración cuando moraba entre los hombres. También el sacerdocio de Cristo es participado por la Iglesia, por cuanto los bautizados, mediante la regeneración y unción del Espíritu Santo, quedan consagrados como templo espiritual y sacerdocio santo (Cf. Lumen Gentium, n. 10) y son así habilitados para ejercer el culto del Nuevo Testamento, culto que procede, no de nuestras fuerzas, sino de los méritos y donación de Cristo.

“Ningún don mayor podía conceder Dios a los hombres que darles como cabeza al que es su Verbo, por quien creó todas las cosas. Nada podía concederles de mayor precio que unirlos a él como miembros suyos, de tal forma que su Verbo fuera, al mismo tiempo, Hijo de Dios e Hijo del hombre, un solo Dios con el Padre y un solo hombre con los hombres. Así cuando hablamos a Dios en la oración no separamos el Hijo del Padre y cuando ruega el Cuerpo del Hijo no lo hace separado de su Cabeza, sino que es él, el único salvador de su cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, quien ora por nosotros, ora en nosotros y recibe nuestra oración. Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra y recibe nuestra oración como nuestro Dios. Reconozcamos, pues, en él nuestra propia voz y oigamos su propia voz que resuena en nosotros (S. Agustín, Enarrat. in psalm. 85, 1: CCL 39, 1176).

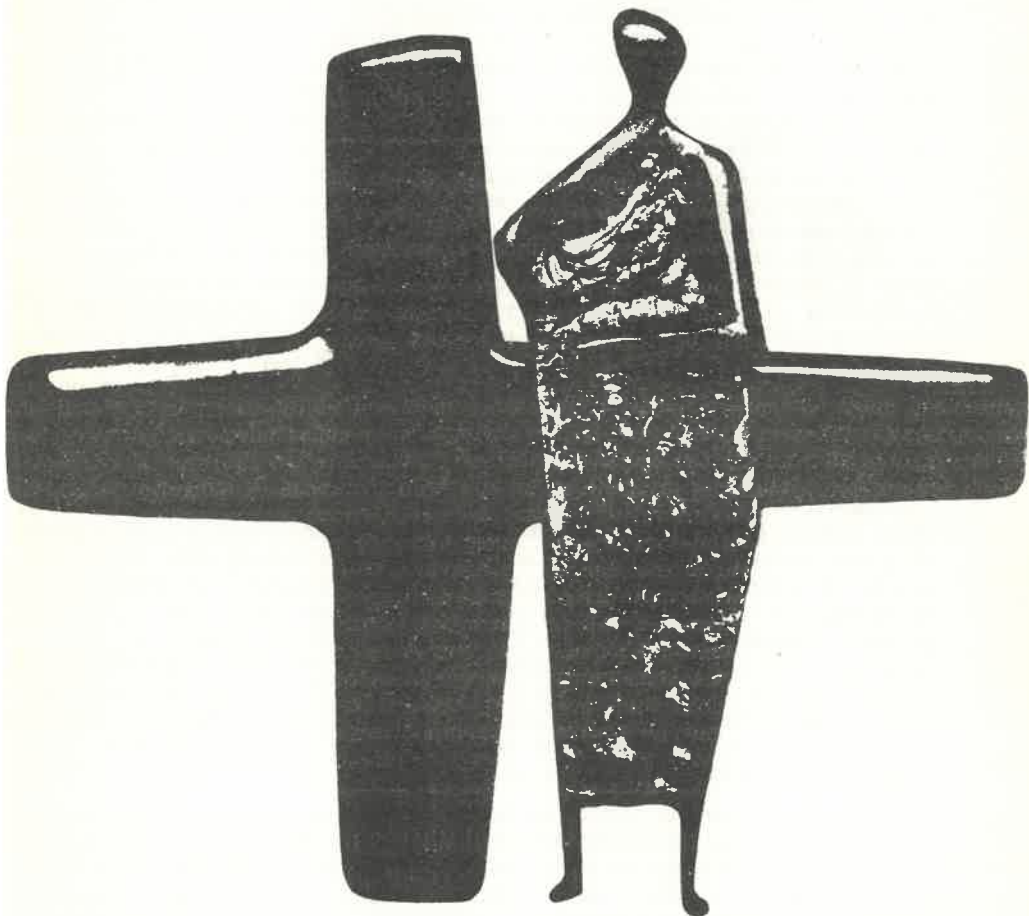
En esto, pues, radica la dignidad de la oración cristiana: en que participa de aquella misma piedad del Hijo para con su Padre y de aquella oración que Cristo, durante su vida terrena, expresó con sus palabras; esta misma oración es la que ahora se continúa sin interrupción por medio de la Iglesia y de cada uno de sus miembros, en nombre y en provecho de todo el género humano.

Aun so pena de alargar algún tanto el espacio dedicado al comentario de la OGLH creemos importante unir en un solo artículo la explicación de los nn. 6 y 7; ambos apartados, en efecto, están dinámicamente relacionados y sólo leyendo el uno a continuación del otro se percibirá claramente todo lo que nuestro documento quiere significar aquí sobre la relación que se da entre oración de Cristo y oración de los hombres en general y de los cristianos en particular.

Nuestro texto empieza por una afirmación fundamental, de carácter religioso, no estrictamente cristiano; su formulación podría compararse con el conocido “Principio y fundamento” del libro de los ejercicios de S. Ignacio y el contenido de esta afirmación es aplicable a las relaciones de cualquier hombre recto para con el Creador. Todos los hombres, tanto antes como después de Cristo, tanto como si conocen la Revelación judeo-cristiana como si se rigen únicamente por los dictámenes de su razón natural, deben reconocer la soberanía de Dios, adorarlo y orar. Con la oración intenta el hombre —y lo ha intentado en todos los tiempos— llegar a su Creador.

La lectura de estas primeras líneas de nuestro apartado, debería recordarnos a nosotros, cristianos, que, si bien esta actitud de reconocimiento del Creador y de la oración latréutica es, por una parte, fundamental —si esto

faltara ni se llegaría a ser naturalmente honesto ante Dios— por otra parte esta actitud no tiene todavía nada de estrictamente cristiana; si nuestra oración se limitara o tuviera como centro de gravedad únicamente el reconocimiento del Creador y la adoración al Dios altísimo, tendríamos que afirmar que el mensaje de la Revelación no habría llegado a influir en nuestra oración; y esto, desde un punto de vista cristiano, sería preocupante.



La OGLH hace a continuación otro aserto importante: *toda oración dirigida a Dios —dice— debe estar conectada con la oración de Cristo*. Es decir: el mismo movimiento natural del que venimos hablando por el que el hombre se dirige a Dios, su simple sed de un Ser trascendente —aquella sed que hacía exclamar a un S. Agustín “Nos creaste, Señor, para tí y nuestro corazón se siente inquieto hasta que descansa en tí”— no alcanza su meta, (ni que se trate de aquellos hombres que no conocen a Cristo) sino a través de este mismo Cristo a quien ellos ignoran (recuérdese que nuestro apartado no habla de los cristianos sino del hombre en general y que es refiriéndose a

la oración de los no cristianos que habla de su conexión con la oración de Cristo). Pero esta afirmación de que *toda oración dirigida a Dios debe estar conectada con la oración de Cristo* debe entenderse no en el sentido de una conveniencia (debería procurarse que así fuera) sino en el sentido de una afirmación: la oración de todos los hombres —de los budistas, por ejemplo, o de los musulmanes— sólo alcanza su fin, sólo llega al Dios a quien ellos se dirigen, porque *está realmente conectada*, aunque ellos lo ignoren, con la oración de Cristo. La razón de esto es sencilla: al asumir el Hijo de Dios la naturaleza humana ha acercado *todos los hombres* a Dios; al hacerse hombre ha dignificado, a través de su persona, a la misma naturaleza humana, de tal modo que, en virtud de la encarnación del Verbo, —y más plenamente aún en virtud de su Misterio Pascual— cualquier hombre que ora es escuchado por Dios con un amor singular, porque toda la humanidad está en Cristo radicalmente aproximada a Dios. El Padre en efecto, al contemplar a un hombre orando —sea quien sea este hombre— ve en él a un miembro de la familia humana a la que pertenece su Hijo, escucha en la oración de este hombre como el eco de la oración de su Hijo amadísimo. Por ello precisamente dice la Escritura —y lo recuerda la OGLH— que Cristo es el único mediador *de todos los hombres* y que sólo por él tenemos acceso a Dios; por ello se afirma a continuación que las diversas religiones humanas, en todo lo que tienen de verdadero, *en Cristo alcanzan su valor salvífico y su fin*, es decir, que todo cuanto bueno en ellas se realiza —la oración, por ejemplo— es valioso gracias a Cristo, el único Mediador de todos los hombres.

Después de haber explicitado el n. 6 cómo toda oración humana está conectada con la oración de Cristo, el número siguiente pasa a tratar de otro tema: además de la relación que media entre la oración humana y la oración de Cristo, existe otra vinculación, esta más especial y estrechísima, entre la oración de Cristo y la oración de los cristianos. El Bautismo, en efecto, nos ha incorporado a Cristo (Rm 6,3) nos ha revestido de Cristo (Gal 3,27), nos ha hecho miembros de su Cuerpo. El cristiano, por tanto, cuando ora, no presenta a Dios su oración simplemente personal, ni tan solo la oración de un ser de la misma familia humana a la que pertenece Cristo, sino la oración del mismo Hijo de Dios. Es más: la misma finalidad por la cual Cristo se hizo hombre —restaurar la comunión de los hombres con Dios a través de su sacerdocio— se transmite ahora a la Iglesia.

En efecto, después que Cristo hubo realizado su tránsito pascual con el que, en su persona, reconcilió radicalmente la humanidad con el Padre, quiso que quedase en la tierra, en favor de los hombres aún peregrinos, como un sacramento de su presencia, de su acción salvadora, de su sacerdocio, de su oración. Este signo o sacramento es precisamente la Iglesia, son los bautizados incorporados a su persona. Por ello afirma la Constitución "Lumen Gentium" que *La Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión de toda la familia humana con Dios* (n. 11), de ello se desprende fácilmente que la oración de la Iglesia es la misma oración de Cristo.

Teniendo presente esta realidad, resulta ya fácil ver en qué consiste la naturaleza y la dignidad de la oración cristiana: si la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, la oración de la Iglesia es la voz de Cristo; si Cristo es radicalmente

sacerdote para unir la humanidad con Dios, la Iglesia es también cuerpo sacerdotal que ora a Dios, con alabanzas y súplicas, en nombre de la humanidad para que los hombres puedan ser más plenamente amados por Dios. En este contexto se comprenderá bien tanto el significado profundo del texto de S. AGustín que cita la OGLH como el porqué de la antigua costumbre de la Iglesia, que recuerda a los fieles repetidamente en el curso de la oración eclesial el saludo-monición "el Señor esté (o está) con vosotros", para que los fieles no olviden que la plegaria que están haciendo, más que su propia oración personal, es la oración misma de Cristo que "ora en nosotros como nuestra cabeza".

Una última reflexión nos parece importante con referencia a lo que hasta aquí hemos estado diciendo: si se tiene presente que la oración de la Iglesia es más que la oración personal del que pronuncia las palabras con sus labios la misma oración de Cristo, se desvanecerán todas aquellas dificultades que algunos sienten al encontrarse con textos —sobre todo en los salmos— que parecen concordar mal con los sentimientos de humildad que deben animar toda vida cristiana; nos referimos a aquellas afirmaciones que insisten en la rectitud, justicia, santidad del que ora, frente a la impiedad e injusticia de los enemigos: *Examíname, Señor, ponme a prueba... yo camino en tu verdad. No me siento con gente falsa... lavo en la inocencia mis manos... camino en la integridad... mi pie se mantiene en el camino llano...* (Salmo 25). Con estas expresiones u otras muchas parecidas que se repiten en los textos bíblicos y litúrgicos hemos de proclamar, pues, sobre todo la santidad de Cristo, el Justo por excelencia, que recuerda al Padre su inocencia, su justicia, su fidelidad, para que Dios, complacido ante estas perfecciones de su Hijo, bendiga a la humanidad entera. Es así como Cristo continúa su misión de "único Mediador" de todos los hombres, ejerciendo en la tierra, por medio de la Iglesia y de su oración, su sacerdocio y orando al Padre a través de nuestra plegaria cristiana. Cuando, pues, nuestros labios pronuncian la oración eclesial *oigamos la propia voz de Cristo que resuena en nosotros*, ya que *existe una vinculación especial y estrechísima entre Cristo y aquellos hombres que él ha unido a su persona en el sacramento de los regenerados*.

PEDRO FARNÉS, pbro.